

La historia de la Iglesia y Menéndez y Pelayo

(De su última obra publicada, que es el primer tomo de la segunda edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles.*)

La restauración de las Ordenes religiosas, trabajosamente lograda en el último tercio del siglo XIX, y combatida á cada momento por la intolerancia sectaria, ha proporcionado á España excelentes educadores y escritores en varios ramos del saber humano. Algunas de las mejores revistas que hoy tenemos están redactadas exclusivamente por religiosos, y no es pequeña la contribución que han aportado á los Congresos científicos más recientes. En general, puede decirse, sin nota de exageración, que la cultura de nuestro clero secular y regular no es inferior á la que suelen tener los laicos más aventajados en sus respectivas profesiones.

Pero todavía falta andar mucho camino, y las ciencias eclesiásticas no pueden menos de sentir los efectos de la languidez propia de todas las cosas en nuestro abatido país. Las traducciones y compilaciones son mucho más numerosas que las obras originales. Todavía no tenemos una Historia general de la Iglesia, escrita por autor español. La del arzobispo de Palmira, don Félix Amat, ya de remota fecha (segunda edición, 1807), apenas pasa de ser un compendio de Natal Alejandro Fleury, de cuyas ideas galicanas participaba. Por entonces se tradujeron y continuaron los *Siglos Cristianos* de Ducreux, canónigo de Auxerre (1790, segunda edición, 1805-1808), y más adelante la *Historia de la Iglesia* de Receveur (1842-1848), la de Bérauld-Bercastel con adiciones del barón de

Henrion (1852-1855), obras extensas pero de segundo orden. Mucho más útiles han sido los excelentes manuales alemanes de Alzog, Hergenroether y Funk, traducidos sucesivamente por Puig y Esteve (1852), García Ayuso (1885) y el padre Ruiz Amado (1908); y en el compendio latino de Berti, adicionado hasta nuestros días por el venerable y modesto fray Tirso López, de la Orden de San Agustín (1889). También fué traducida, á lo menos en parte, la obra enciclopédica de Rohrbacher, no exenta de *tradicionalismo*, y que según el plan adoptado por el autor, engloba toda la Historia universal en la Historia eclesiástica. Finalmente, en el momento en que escribo sale á luz el primer tomo de la bella obra de monseñor Duchesne sobre los primeros siglos cristianos, esmeradamente vertida á nuestra lengua por el padre Pedro Rodríguez, Agustiniano.

Tampoco la Historia particular de nuestra Iglesia ha sido escrita con la extensión y la crítica que los tiempos presentes reclaman. Líbreme Dios de regatear los méritos de la única obra de este género que en nuestra lengua se ha publicado. Su autor, cuyo nombre vive en la memoria de todos los católicos españoles, y muy particularmente en la de los que fuimos discípulos y compañeros suyos, era un hombre de sincera piedad, de cristianas costumbres, que no impedían la franca expansión de su vigoroso gracejo y la libertad de sus opiniones en todo lo que lícitamente es opinable; de sólida ciencia canónica probada en la cátedra durante más de medio siglo; expositor claro y ameno; polemista agudo y temible, á veces intemperante y chocarrero por falta de gusto literario y hábitos de periodista no corregidos á tiempo, pero escritor sabroso y castizo en medio de su incorecta precipitación; investigador constante y bien orientado, á quien sólo faltaba cierto escrúpulo de precisión y atildamiento; trabajador de primera mano en muchas materias históricas, que ilustró con importantes hallazgos; ligero á veces en sus juicios, pero pronto á rectificar siempre sus errores; propenso al escepticismo en cosas antiguas, y á la excesiva credulidad en las modernas. Tal fué don Vicente de la Fuente, tipo simpático y original de *9cz.á!.-ii9bol,abáHxzffllúúillqiyilodar*. Alcanzó las postrimerías de nuestras viejas Universidades, conservó viva su tradición y la recogió en un libro tan curioso como destartado. Los servicios que la erudición le debe son muchos y de varia índole. Colaboró en la continuación de la *España Sagrada*. Fué casi el único español que en nuestros días sacó á luz un texto inédito de la Edad Media no perteneciente á las cosas de España: el importante poema de Rangerio *Vita Anselmi Lucensis*, que tanta parte contiene de la Historia de San Gregorio VII y de la condesa Matilde. Ilustró con crítica muy original varios puntos de la Historia jurídica de Aragón y de los orígenes tan oscuros y controvertidos de la Monarquía pirenaica. Dedicó gran parte de su vida á la depuración del texto de las obras de Santa Teresa, haciendo ediciones muy superiores á todas las que antes se conocían, é ilustrándolas con preciosos documentos.

Menéndez Pelayo